

surrección. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. Sí, quinientos cautivos repitieron en sus mazmorras el *Te-Deum* de la Vega; y cuando este no había concluído todavía, salieron en libertad, entonando los cánticos de su religión y poniendo sus cadenas rotas en los altares de la patria. Desde los tiempos de las Navas, en que los diez mil negros de la Nubia y los cien mil almohades del Atlas huían al ímpetu de las tropas españolas entre las sombras de aquella noche, solo interrumpidas por los reflejos del incendio, y el gran Miramolin, que había soñado con ir desde Tremecen á Toledo, y desde Toledo á Roma, huye despavorido al desierto dejando su tienda y su Koran; desde aquella noche no se había oído un *Te-Deum* como éste, sacro y solemne cántico religioso, cuyas estrofas sublimes significaban el rescate de nuestra libertad y la coronación y perfeccionamiento de nuestra patria.

CAPÍTULO XXVI.

En todas las escenas descritas, en todas las hazañas puestas por obra y que han á una cantado las estrofas de nuestros romanceros y las páginas de nuestra historia, Illán tomó la considerable parte á que le daban derecho sus esfuerzos y sus servicios. Cualquiera que observe la epopeya inmortal de esta campaña granadina, echará de ver cómo la empezaron los nobles y como la concluyeron los reyes. Pues bien, lo mismo en la una que en la otra fase, no dejó Illán de pelear un punto, asistiendo á las heróicas incidencias del sitio puesto por Fernando á Málaga, igualmente que á la serie de batallas cuyo término y coronamiento fuera la toma de Almería, Guadix y Baza, cuya totalidad indicaba ya el camino triunfal conducente desde tales murallas á las torres Bermejas. Y no hablemos de la vega y del sitio final, do en porfía y competencia nuestro héroe con los Ponces, Pulgares, Portocarreros y

Córdoba, abrió mil heridas en aquellos pechos heroicos y en aquellos fuertes inexpugnables. Bien es verdad que si patria y religión entraban, como tantas otras veces hemos dicho, en sus proezas, todavía entraban más los impulsos incontrastables del amor y hasta el deseo de una indispensable venganza. No queremos decir cómo se impacientaría el joven castellano, á medida que se acababa el sitio, por ver á la dama, causa única de las felicidades y de las desgracias por él sentidas en este bajo mundo. Zoraya y sus hijos, Venegas y sus deudos, habían sido confinados todos en la torre de Comares por el Zagal tras la muerte de Hacem. Y en la torre de Comares los dejaron presos así Aixá como Boabdil, y en la torre de Comares se hallaban al caer el granadino reino en manos de los monarcas españoles.

Ocupaba la reina viuda de Hacem un precioso camarín, allá en lo más alto de la torre. Aunque prisión dura tenía por dentro todas las bellezas de las más hermosas estancias árabes. Hallábase, pues, la Sultana como las canoras y nerviosas aves, á quienes dan sus dueños para consuelo del espacio perdido y del mirto y del rosál abandonado, áurea pajarera en que crecen flores y arbustos. Allí había ido viendo un día y otro día desmoronarse la nación ismaelita, después que la dejara su esposo huérfana, primeramente por la ceguera que le causaron sus penas, y después por la muerte que le infligieron sus rivales. Unida con los vincu-

los de su matrimonio y de su ambición á la fe del esposo, no se había separado nunca enteramente ni del culto á la religión ni del amor á la patria de sus padres. Imaginense cómo vería subir los cristianos por la cuesta de los Mártires, ondear los pabellones rematados por el signo de la cruz, y cómo escucharía los salmos de los cautivos al salir libres de sus mazmorras, cual los resucitados de sus sepulcros, y el *Te Deum* de los ejércitos, que parecía convertir la morisca vega en catedral inmensa. Tal vez, entre los varios personajes de Granada, ninguno experimentase afectos de suyo tan opuestos y contrarios, como los que Isabel de Solís experimentaba. Todo árabe debía dolerse y todo cristiano alegrarse de tan memorable fecha. Pero Zoraya se dolía, por cuanto le tocaba del poder árabe, y se regocijaba en mezcla muy confusa de afectos, por cuanto aún tenía de cristiana y española. Por un lado el odio á la familia de Aixá recibía cierta satisfacción suprema con su destronamiento, y por otro lado, en aquella catástrofe, se iban también las últimas esperanzas de un trono para sus hijos. Y como tantas veces hemos asegurado, aunque nunca fuese ocasión de recordarlo cual ahora, lo que más temía Zoraya era la presencia de Illán reconviéndola. Y no se hizo esperar mucho. Amigo del cardenal, subió á la torre de la Vela en compañía suya, y en cuanto puso allí la cruz de plata, que remataba la reconquista, fuese á la torre de Comares y entró en la estancia de Zoraya. Verlo esta y

taparse con ambas manos el rostro, fué obra de un minuto. Y en cuanto Illán despidió un suspiro, dejóse caer ella sobre una de las otomanas, lanzando un ¡ay! que contenía en su estridor muchos remordimientos.

—Ocúltame tu rostro, Isabel, y no vea yo la vergüenza que lo enrojece y el remordimiento que late vivo y eterno en esa vergüenza.

—Illán, el hado, sólo el hado, explica mi delito y tu desgracia.

—¡El hado! No hables, no, cual si fueses de veras musulmana. Por excusarte á mis ojos no reniegues de la religión tuya nuevamente. Si hubieras tenido un asomo de conciencia y de razón, antes que matarme á mí, antes que deshonar tu glorioso apellido, antes que desconocer tu fe, hubieras muerto mil veces, encontrando á este tu esclavo y á tus padres con las palmas de los mártires en las cimas de la gloria; cuando, ahora, una eternidad insondable, inextinguible, te apartará de todos ellos para siempre, porque tú estás condenada, y condenada irremisiblemente á la maldición de todos los siglos en esta vida y al infierno en la otra.

—¡Oh! ¡Cuán pronto y con qué facilidad se juzga de los más terribles sucesos! ¿Quieres que una débil mujer tenga complexión de mártir y héroe, cuando todo, su delicadeza, su debilidad, su ternura, la inclinan á huir del dolor y á dejarse arrastrar en la suave corriente de los incontrastables placeres?

—No me digas eso, Isabel, no me lo digas. Para

lo que se necesitó, no la complexión de un héroe, la complexión de un tirano, fué para destrozarme con los celos como me destrozaste, y en vez de inferirme la muerte, puesto que todo poderosa eras, condenarme á una vida como esta, en la cual, después de haber apurado todas las afrentas, viéndote correr á los brazos de un Sultán voluptuoso y bárbaro, he sentido los inenarrables dolores, tanto más crueles cuanto que no han acertado á compadecerse de su víctima y han querido que viviera y viviera largos años en este tormento. ¿Por qué, di, por qué no me mataste?

—Pues por salvar tu vida lo sacrifiqué todo, mi nombre, mi religión, mi patria.

—No aumentes, Isabel, lo enorme de tu crimen ahora con lo torpe de tus excusas ligeras. Tu sangre venenosa te llevó á olvidarlo todo para caer en brazos del malvado brutal que incendió la iglesia de tu Dios, que profanó la tumba de tus abuelos y que inmoló á tu padre sobre las ruinas y el incendio de un castillo levantado por su fe y por su heroísmo.

—No me lo recuerdes, Illán. Apíadate de mí. Si vieras cuántas veces, aquel humo ha oscurecido los cielos de Granada, y aquel incendio ha emponzoñado las esencias exhaladas por mi pebetero de Oriente, y aquella sombra de mi padre muerto se ha entrado por estos camarines deliciosos, y fijando en mí los ojos huecos, me ha traído un remordimiento, mucho más desgarrador y mucho más cruel que todos tus dolores.

—¡Oh! ¿Qué has conseguido, mujer, con tu traición? Los cristianos te detestarán eternamente y no podrás entrar en las iglesias, donde te criaste, sin ver los santos en sus altares y las estatuas yacentes en sus sepulcros, volverse para maldecirte.

—Basta, por Dios, Illán. Saca tu puñal del cinto y clávalo en el corazón que aquí tienes, pero no me digas esas cosas, no me des esas puñaladas, las cuales, al fin y al cabo, no matan, cuando yo deseo morir.

—Y los musulimes—continuó diciendo Illán, como si fuese la conciencia de Zoraya—los musulimes, que habían hallado en Hacem el héroe, capaz acaso con su esfuerzo de contrastar á los cristianos, te dicen á una que tú lo perdiste, que tú lo hechizaste, que, incitando y concitando contra su persona los odios del pueblo con tu amor de cristiana y de infiel, encendiste á la postre con tu soplo de Parca, esas guerras civiles, en cuyos odios y en cuyos empeños hase hundido á tus piés el reino de Granada.

—Mira, Illán, todo cuanto me dices, también me lo dice mi conciencia, y con decírmelo muy alto igualmente que muy de continuo, no me atenaza y muerde aquí en el corazón como tu palabra y tu acento. Muy criminal he sido, pero más desgraciada todavía que criminal. Y ahora no puedo mirar á mis hijos sin acordarme que los ha engendrado el verdugo de sus abuelos; ni entrar en una mezquita, donde me dirán que yo lo he perdido todo; ni entrar en una iglesia, donde me dirán que todo

lo he perjurado; ni pedir auxilio al Dios de los católicos, al Dios de mis padres, al Dios de mi alma, por haber torpemente reinado con sus enemigos, y mucho menos al Dios de mi esposo, al Dios de mi palacio, al Dios de mi corona, porque me dirá ser causa de la dispersión y ruina de sus creyentes y fulminará sobre mi cabeza implacablemente sus iras. ¿No te parezco aún bastante castigada?

—No, para el mal que me has hecho. Yo había soñado con que tu amor me sirviese de guía y estrella en el mundo; con que levantaran mis brazos la fortaleza derruida por Hacem, poniendo allí tu trono de rica-hembra y tu tálamo de esposa mía; con que tuviéramos una descendencia noble, honrada, feliz, la cual continuase nuestra guerra con empeño, aumentando el blasón de sus progenitores. Y por ser una reina granadina, por entrar en un harén oriental, por ceñirte una diadema que han maldecido á una dos pueblos y que llevarás como una mancha de afrenta sin remedio hasta la consumación de los siglos, me has dado á mí el infierno en vida y te has metido tú en el infierno por toda una eternidad.

—Illán, Illán, por Dios; yo no puedo sufrir tanto tiempo esa lluvia de fuego, que me abrasa la sangre y me calcina las carnes. Si vienes á tomar venganza de cuanto contra ti haya hecho esta débil mujer, tómala de súbito y no me atormentes y martirices por tan cruel manera. Si vienes á inflírmeme un castigo, inflígelo pronto. La víctima

tiende el cuello para que lo siegues con tu espada.

—¡Castigo, desquite, venganza! ¡Oh! ¡Cuán poco me conoces todavía! Cuando he vuelto cargado de laureles, tanto más fáciles de recoger cuanto que yo no buscaba en ellos la gloria, sino la muerte, al real de Santa Fe, hanme preguntado los reyes que premio para mí pedía, y les he pedido heredamientos grandes y cuantiosos para ti en este reino, á fin de que te creas aún Sultana, y el título y la dignidad y las preeminencias y las rentas de infantes de Castilla para tus hijos. Yo sólo vengo á despedirme. Yo sólo vengo á decirte que, acabada la guerra santa en Castilla, vóime ahora mismo sin armas, sin arreos, sin blasones, con el sayal por toda vestidura y el báculo por toda defensa, en pos de Palestina, donde buscaré un sepulcro para mi cuerpo cerca del sepulcro de mi Dios. Y en esta penitencia de todos los días, en esta peregrinación hacia la muerte, cuando el cilicio se clave aquí en mis carnes más hondamente y el desierto me pruebe con todos sus horrores ¡ah! de mi pecho saldrá una oración en los alientos de tan horroroso martirio, y esa oración pedirá, ofreciéndome yo en holocausto, que Dios te perdone, y alguna vez apiadado ¡ay! de mí que merezco toda su piedad, te mande al mismo lugar donde yo esté, allá en la otra vida. Porque yo, sobre todas las cosas de este mundo, hete querido á ti. Yo no veía sino por tus ojos, yo respiraba con tu aliento, mi sér estaba en ti como está el cuerpo en los espacios y el ángel en los em-

píreos. Yo maldigo tu traición, pero no puedo detestar tu persona. Si me quedara un minuto, créome á mí mismo, en esta locura, capaz de hacer por ti con mi religión y con mi patria, lo que con tu religión y con tu patria hiciste tú por la corona de Hacem. No soy poderoso á defenderme del poder mágico, hechicero, que sobre mí ejerces, y me voy, me voy á Palestina en busca de un sepulcro. Y creo, que sepultado allí, bajo un sudario de arena, se habrá perdido todo, sí, todo, menos tu recuerdo. Adios, adios. Hasta la eternidad en que nos encontraremos si el Eterno escucha mis plegarias y acepta mis holocaustos y martirios.

Y mientras Illán se iba para Tierra Santa, Isabel de Solís, enjutos los ojos y risueño el rostro, llamaba con grandes voces á sus hijos y les decía cómo acababan de ser nombrados infantes de Castilla. Egoísta por los días de la juventud; más egoísta durante la madurez de su vida; en el egoísmo envejeció hasta morir impenitente.

Al par que la Sultana recogía tales restos de fortuna y de poder, cedidos por la sublime abnegación del hombre á quien traicionara tanto como á su religión y á su patria, los musulimes, ó sea, la familia y servidumbre de Boabdil, apercibíanse á dejar el sitio predilecto de su corazón en la tierra, el soñado alcázar de sus padres. En tanto que subía el cardinal Mendoza la escala de la Vela, Aixá, Moraima, las mujeres del harén, los príncipes de la sangre, los santones y fauques del palacio dejaban aquellas es-

tancias, donde tantas veces vieran la palabra felicidad grabada en las estalactitas de sus techos, al son de las brisas y de las guzlas, al olor de los pebeteros y de los rosales. Ninguno de aquellos infelices, ninguno, se daba cuenta de lo que les sucedía; pero á todos les pasaba lo que á la flor desgajada del tallo, lo que al tallo desgajado del tronco, lo que al tronco desarraigado del suelo. Imagináos los judíos arrancados á Jerusalén y conducidos al cautiverio de Babilonia; los helenos expulsos por los tártaros de la península y de las islas que á una esmaltaran todos ellos con los cinceles de sus artes y poblaran también con las mariposas de sus inspiraciones y de sus ideas; imagináos los pueblos todos, á quienes un destino adverso condena en sus decretos á dejar el suelo donde se quedan los sepulcros de sus padres y donde se han mecido las cunas de sus hijos, pues ni los trenos de Jeremías, llorando la ciudad viuda y solitaria; ni los elegiacos lamentos del clepta viendo su tierra en los lejos del horizonte desde las extranjeras montañas; ni el plañido de los abditos sevillanos, comparando su río aromado de azahares con las arenas del desierto y sus palacios encantados con las tiendas del aduar, y sus jardines inacabables con el oasis estrecho y pobre, pueden compararse al llanto y al sollozo de los granadinos, abandonando aquella tierra de fuego templada por las nieves, aquellos jardines de Asia regados por manantiales, fuentes y arroyos clarísimos, aquella puerta del Edén, tras la cual colum-

brábanse las prometidas huries y ante la cual se anticipaba el ánimo los goces prometidos en el Paraíso por su religión. Así los unos iban á dar el adios último á tal ajimez, que les recordaba un sueño de amor; los otros á tal mezquita, bajo cuyas bóvedas habían creído recibir revelaciones del cielo; casi todos á los patios voluptuosos, á las albercas cristalinas, á las celosías recatadas, á los alhamíes multicolores, donde naturalmente dejaban arreboles de su alma y de su vida. El viejo santón, reflexivo y solemne, aún podía recatar sus grandes dolores y ver aquella catástrofe con ojos enjutos y parecidos á esas nubes del estío, las cuales relampaguean y no llueven. Pero los jóvenes de condición guerrera, creyendo que aún podían vencer al destino, lanzaban toda suerte de maldiciones por aquellas sus bocas cubiertas con espumas de hiel; y las pobres mujeres, incapaces de recatar sus sentimientos, proferían en alaridos tales, que poblaban como una tempestad aquellos aires cargados con las evaporaciones de tantas lágrimas no disipadas por los clarines y por el *Te Deum* de la victoria.

Al fin, precedidos todos aquellos infelices de largas recuas, sobre las cuales iban sus tesoros más ricos y sus muebles más amados, emprendieron el camino desde Santa Fe á la Taa de Orgiva, donde iban por el pronto, dando á la ciudad las espaldas. El paso era lento, como de quien huye al objeto amado. Un silencio profundísimo siguió naturalmente á las primeras explosiones y estallidos del

dolor amargo. La comitiva, con haberse depurado y reducido todo lo posible, formaba, por su número y por su importancia, como un pueblo. Y este pueblo se unía indisolublemente, por la inteligencia y por el corazón, á la tierra, que iba dejando atrás mal de su grado. El hombre, como compendio de todos los seres, pertenece también á los minerales y á las plantas, y necesita, como estas, respirar el aire y absorber el jugo de la natal atmósfera y de la tierra natal. Y los fugitivos se creían unos con aquel suelo predilecto; por eso todos los ojos se a tristaban como las luces al extinguirse, y todas las frentes se caían hacia abajo como las flores al secarse. El paladar no quería otros frutos que los frutos de aquellos huertos, ni otras aguas que las aguas de aquellos manantiales. El pensamiento se fijaba por modo intuitivo en que hasta el polvo de las vías recorridas se formaba con átomos desprendidos de las generaciones musulmicas allí enterradas. Cada cual pensaba en el sitio consagrado por algún bendito recuerdo, por alguna escena familiar, por la sombra de un sér querido, por la reminiscencia de la vida pasada, por un sollozo, por una oración, por una lágrima. Imposible saber todo cuanto nos une con el terruño á que nos hallamos adheridos hasta después de abandonarlo y de perderlo. Boabdil, iba pensando en todas estas cosas, conforme se iba dirigiendo á su triste destierro. Caballero en el corcel árabe, que montó para salir de Granada, precedíale su primogénito, á caballo

también, y á sus dos lados se veían su madre y su mujer, igualmente silenciosas y entristecidas. Quizá por la vez primera de su existencia, Moraima no ponía los ojos en Boabdil, sino en todos los objetos, de que la separaba su marcha. Por fin, al caer la tarde solemne de aquel día terrible, llegó la corte granadina, como en tropel y confusión, al célebre boquete conocido con el nombre de Padul y que separa los valles alpujareños del valle regado por Darro y por Genil. El sol se iba poniendo tras los montes de Loja. Sus últimos rayos daban destellos de lapiz-lázuli á la sierra Elvira, bruñidos de cristal veneciano á las cumbres nevadas, arreboles rosáceos á los cármenes bordados de nopales, á las torres ceñidas de cresterías, á las mezquitas coronadas con rotondas de porcelanas, á los kioscos del Generalife medio escondidos entre los bosques de mirtos, adelfas y cipreses. El cielo espléndido, el sol fulgurante, las montañas encendidas como volcanes, la vega inmensa dilatándose hasta donde la vista se dilata, las colinas pobladas por torreonnes parecidos á corales gigantescos, la ciudad atravesada por el Darro y lamida por el Genil, entreabierta y hermosísima como la fruta de su nombre, los arreboles de aquella tarde, las púrpuras de aquel ocaso, las armonías compuestas por la mezcla del susurro de las arboledas con el rumor de las brisas, los aromas embriagadores, las perspectivas inacabables, embellecíanse, como á porfía, para despedirse y separarse de aquellos sus reyes

y señores, los cuales habían completado las grandezas del Universo con las inspiraciones del arte. Boabdil, al volverse instintivamente para separarse de aquel suelo, vió de un lado el pico de Muley Hacem, donde reposaba su padre, de otro lado el hijo de sus entrañas engendrado para tanto paraíso pero sin poder poseerlo, y uniendo á los recuerdos profanados las esperanzas desvanecidas, que cubrían como de duelo aquella tierra milagrosísima, dijo adios á Granada y lanzó un amargo sollozo que hubiera partido las piedras. Pero no partió el corazón de Aixá, quien, guardando su indómita naturaleza y su complexión incontrastable hasta el fin de aquella tragedia, dijole:

—Llora como mujer lo que no has sabido guardar y defender como hombre.

Y desde aquel entonces llámase á este sitio EL SUSPIRO DEL MORO.

FIN.

